

BIBLIOGRAFIA

Urquiza, por LUIS B. CALDERÓN. Editorial Perlado, Buenos Aires, 1949.

“Síntesis histórica de su época, su actuación y su obra”, subtítulo del Dr. Luis B. Calderón a este gran trabajo suyo acerca de la personalidad histórica del vencedor de Caseros. Y en verdad cumple ampliamente con lo que promete el subtítulo, pues en esta obra erudita, densa de pensamiento, plena de aportación cimentada en la documentación original o la más responsable bibliografía tenemos un vívido panorama de la época —acaso la más apasionante de nuestra historia patria— una magnífica y serena valoración de la obra de Urquiza y la recia semblanza de su gran personalidad.

Indudablemente que pocos historiógrafos estaban en las condiciones del Dr. Luis B. Calderón para abordar con el éxito logrado el estudio de esta figura de Entre Ríos y de la Patria. A su sólida preparación de jurista y de historiador, une el Dr. Calderón la consagración fervorosa al estudio de las grandes tradiciones de su Entre Ríos natal y con fervor ha mantenido desde la presidencia de la Asociación Entrerriana General Urquiza, en la capital federal, encendido el altar de los lares con el fuego sagrado llevado a la metrópolis pujante desde un verde panorama de cuchillas timbradas por el coraje de las gauchas caballerías.

Esto supone que en la obra del Dr. Calderón hay un espíritu de fervorosa admiración por la figura máxima de su Entre Ríos; pero esa admiración no influye en la imparcialidad del historiador que cimienta siempre su exégesis y su juicio en la más seria y responsable evaluación documental.

Sobre excelentes plan y método —maduro fruto del largo ejercicio de la cátedra— estructura el autor esta obra por tantos conceptos ponderable y que se desarrolla a través de XXVIII capítulos en los que se condensa la actuación del general Urquiza y se da una fiel reconstrucción del ardiente panorama que fué, en general, el escenario de su acción.

Luego de asistir a los primeros años del prócer y verle a través de sus estudios en el Colegio de San Carlos, le encontramos —en el capítulo II— ya en promisoría y decidida actuación refiriendo en

la legislatura entrerriana —que preside— el credo de las autonomías provinciales al rechazar la constitución de 1826. Llenos de interés son los capítulos que estudian la repercusión en el interior de la caída y muerte de Dorrego; la firma del Pacto Federal; la influencia de Rosas; las luchas contra el levantamiento correntino y contra la invasión de Lavalle. Se narran con vigor evocativo las acciones bélicas que dan a Urquiza su jerarquía de gran estratega y se estudia el otro aspecto de su proceridad: la obra civil, progresista y ordenadora realizada en el ejercicio de la gobernación de Entre Ríos.

La gran jornada del Pronunciamiento, su ejecución militar en Caseros y su coronación civil en el cabildo de Santa Fe dando al país la Constitución anhelada son páginas de doble mérito por su medular pensamiento y su claridad expositiva, demostrando con irrefutable criterio la verdad de los móviles de Urquiza y el exaltado impulso de patriotismo que abandera su cruzada de libertad.

Ese período tan lleno de sugerencias y de enseñanzas de la lucha entre Buenos Aires y la Confederación, está serena y hondamente estudiado en la obra del Dr. Calderón y el sacrificio del laurel guerrero que hace en Pavón el general Urquiza en aras de la organización definitiva del país, queda claramente demostrado, despejándose ese acto trascendental —acaso el más grande de la vida de Urquiza— de las mezquinas interpretaciones que, más por razones de militancia partidista en la historia, que por consagración al logro de la verdad histórica, se han hecho en algunas obras de no lejana aparición.

Otro aspecto digno de ser destacado es el referente a la revolución jordanista y al asesinato del gobernador de Entre Ríos. Con toda imparcialidad demuestra el autor como el general Urquiza ha ido perdiendo su extraordinaria popularidad en Entre Ríos, precisamente porque trasciende los límites provincianos para ser hombre de la Nación y como, a su vez, encarna el sentimiento del localismo entrerriano la figura de Ricardo López Jordán que tuvo en su lucha contra las fuerzas nacionales el apoyo decidido de su provincia heroica.

Las actividades particulares de Urquiza signadas todas ellas con signo de fomento de la industria, del progreso, de la riqueza de su provincia, son estudiadas en los capítulos finales, como también la ayuda que el vencedor de Caseros prestó a Rosas en los últimos años de su vida, aspecto que fuera motivo de un estudio epistolar por otro autor entrerriano, Mario César Gras.

Es evidente que el "Urquiza" del Dr. Luis B. Calderón es un trabajo que abarca plenamente el estudio de la gran personalidad biografiada y nos lleva al conocimiento total de la acción militar

y civil de Justo José de Urquiza y reconstruye con perfiles de señora verdad el escenario de una época fecunda en grandes hechos y en grandes hombres cuando la Nación organizada se levantaba a la faz de la tierra para hacer realidad la profecía de las estrofas viriles del himno de la patria.

Leoncio Gianello

Los litorales, por VICENTE TRÍPOLI. Edición del autor, Buenos Aires, 1949, 177 páginas.

Hay en Vicente Trípoli un recio observador de la realidad que muchas veces ha tentado a escritores en nuestro país pero que tiene expresión de jerarquía en unos pocos; es la realidad de la gente que a través de una vida azarosa, se ve compelida a deambular por el territorio, en busca de trabajo casi siempre o sin esperanzas de reconstruir su existencia de modo que en la organización social, tenga un lugar sin tantas peripecias. La gente que viaja en los trenes cargueros, que es perseguida, hostigada y ofendida en sus dramas más íntimos, dan materia a Trípoli para escribir relatos que tienen un hondo sentido humano. Sus personajes no revisten caracteres ni hondamente trágicos, ni sospechosos en su conducta. Son hombres que en esencia conservan conceptos claros para enjuiciar en el devenir de los acontecimientos a una sociedad que repele con frecuencia a los desgraciados, sin comprensión de solidaridad. No obstante la naturaleza de los asuntos que desarrolla, es un libro sin amargura, sin desesperanza; con justas observaciones sobre las formas típicas de trabajo en distintas zonas del país y de los hombres que en ellas deben afrontar un destino no exento de dolor. No se protagonizan vagabundos en "Los litorales" sino hombres con acuciosas preocupaciones por el final de sus trayectorias por los campos donde han de buscar trabajo. Pero a pesar de ello, lo inseguro, lo inestable les da particularidades que los acercan a los ex-hombres, según la calificación de Gorki.

Ha logrado Trípoli transportar con fidelidad al lector, ese ambiente propio de los que aun perteneciendo al mismo conglomerado social, actúan como si más allá de su círculo un sector les fuera hostil; impropio, la otra clase o el "otro mundo" donde se vive con estabilidad y todo es más fácil. Algun episodio trágico sirve para dar relieves a situaciones de cruda realidad, expuestas sin atildamiento. Los cuatro relatos que integran el volumen tienen un fondo común,

unidad temática que trasunta, sin embargo, singularidades propias, jerarquizadas por el sobrio estilo del autor ajustado tanto al ritmo natural de los acontecimientos relatados como a la firme vocación artística del hombre que narra. Libros como "Los litorales" suelen ser desconocidos para el público al cual llegan poco, no por razones de sensibilidad ni de calidad literaria, sino por el artificioso problema creado por las editoriales que generalmente, se preocupan por crear un público lector de autores desvinculados de los motivos esenciales en la vida del pueblo, y de sus preocupaciones fundamentales. Con esto queda dicho que Vicente Trípoli es un escritor que tendrá muy abierto su camino cuando su acción de literato no se vea entorpecido —como la de tantos— por el criterio que para la juventud, hace poco menos que inaccesible el camino de las editoriales. Su temperamento creador, sus ponderables condiciones para observar la vida del pueblo, lo elevarán entonces, a la consideración que exigen sus méritos, concretados de manera especial, en un relato de factura emocionante por su honda humanidad: "La casa de los fruteros" con el que abre en su libro, las puertas de un aspecto en la vida social de nuestra nación.

Gastón Gori

Los mandamientos del abogado, por EDUARDO J. COUTURE. Ed. Depalma, Buenos Aires, 1949.

El fino jurista uruguayo, cuya personalidad es bien conocida en toda América por sus trabajos de Derecho Procesal, especialmente, ha publicado un opúsculo bajo el título del epígrafe.

Su decálogo se integra con los siguientes puntos: 1º ESTUDIA; 2º PIENSA; 3º TRABAJA; 4º LUCHA; 5º SE LEAL; 6º TOLERA; 7º TEN PACIENCIA; 8º TEN FE; 9º OLVIDA; 10º AMA TU PROFESIÓN.

En nutridas cincuenta y nueve páginas de claro pensamiento desenvuelve el contenido de los mandamientos, y en las que, su sentido humanista, su experiencia profesional, toman por su centro toda la actividad práctica y teórica del abogado, en sus conflictos y en su general incomprendido dramatismo.

Los más salientes, o los más tocantes, si se quiere, ya que todos son sobresalientes, en mi juicio, son éstos: "PIENSA: el derecho se aprende estudiando, pero se ejerce pensando"; y este otro: "LUCHA: tu deber es luchar por el derecho; pero el día que encuentres en conflicto el derecho con la justicia, lucha por la Justicia". Estas dos expresiones constituyen ya un ideal personal y social. Sin pensa-

miento, es decir sin crítica, es imposible develar el sentido de lo real, aproximarse a la verdad sobre la que opera la conducta racional, y, sin Justicia, se cae en un deshumanizado automatismo, es decir, en un crudo fariseísmo.

Comparables a las de San Ivo y a las de Angel Ossorio y Gallardo, estos mandamientos del Prof. Couture, son una magnífica lección de firmeza, de entereza, de austeridad, de lealtad, hacia los ideales superiores que dignifican y dan significación al ejercicio de la abogacía.

Su trabajo en cuanto esquema de ética profesional —porque entendemos por ética una dirección reflexiva del acto voluntario hacia la realización de los valores, siempre el más alto, —comprende la totalidad de la conducta del abogado en su lucha por la justicia, y, en este sentido, al indicar la actitud a seguir ante conflictos frecuentes, afina la sensibilidad, tan cara a los grandes magistrados, y tan inhallable en demasiados casos de la vida diaria.

Por venir de quien vienen estos consejos de hermano mayor en la labor teórica del derecho, y de recia conducta en la vida cotidiana de la profesión, los abogados debemos meditarlos, ya que en su sencillez, en su "sprit de finesse", encontraremos guía y explicación a muchas de nuestras ingratitudes profesionales.

Domingo López Cuesta

Filosofía de la tragedia, de LEÓN CHESTOV. Editorial Emecé, Buenos Aires, 1949.

El movimiento existencial tiene, dentro de la visión filosófica y artística, dos dimensiones que deslindan las posiciones más diversas que pudieran darse en sus conclusiones. Una, la puramente filosófica, como pensamiento e impulso para obrar, podemos traerla ya sea desde la suspensión del juicio de la escuela escéptica de Pirrón, o de los postulados de los "siete sabios", "*nada demasiado*" o de Jenófanes, al decir: "*nadie ha sabido jamás, nadie sabrá claramente la verdad*", o Demócrito, al negar la existencia de cualidades, y en fin, el incomparable Heráclito cuando afirmó: "*acerca de las más altas cuestiones no hacemos sino conjeturas temerarias*". Esta corriente fué heredada, recién en la edad moderna y contemporánea, ya que las pequeñas evasiones que se quisieron tentar sobre el pensamiento "oficializado", durante la Edad Media, terminaron con igual repulsa o muerte que las de Spinoza, Giordano Bruno o Pascal. Y es precisamente en Pascal, donde se puede retomar la angustia filosófica,

entroncada en las modernas concepciones del universo, ya que los antiguos no pueden resistir en su escepticismo las fuerzas siempre renovadas de la ciencia moderna y la ayuda de las filosofías positivista e idealista (aunadas en este propósito de destrucción de un enemigo asaz peligroso e insufrible).

Aquella angustia de los antiguos ante lo efímero de la existencia, lo falaz de los datos de los sentidos, y en fin, la imposibilidad de abrir juicio valadero sobre la experiencia, en las especulaciones de Pascal y Kierkegaard, se trocó en angustia teológica y ética. Ya la duda debería recaer en otros problemas más humanos que los de la mera posibilidad del conocimiento. El pecado original, el deber ser, y el imperativo categórico se mostraban como guías palpitanes en los momentos en los cuales el hombre veía desplazarse cualquier meditación supraconciente o abismal ante el formidable empuje del maquinismo, el industrialismo, y en fin el nacimiento de las grandes ciudades, que eran corolarios muy oportunos para el triunfo en la práctica de aquel pensamiento positivo o idealista (ya que para el caso se entroncan).

Esa corriente, se desplazó hasta nuestros días, donde la quiebra de valores de toda índole se produce con la frecuencia alarmante que era de esperar ante tan avasallador empuje anterior. Ya hoy, la especulación filosófica toma en cuenta, y no con cierto temor de perder terreno, al orden fantasmal, a la dimensión del "subterráneo", enfin a la otra "cara" de la reflexión metafísica, la que siempre se ha ocultado, la que se denigró como "aristocrática" en Nietzsche, como "pesimista" en Kierkegaard, como "desesperada", en Pascal. En el fondo todas se unieron para presentar el último frente contra la autosuficiencia de los "principios sólidos e indestructibles", que más que nunca van cayendo ante el relativismo constante de la física, ante la improbabilidad de las magnitudes, en fin, ante el escepticismo por todo lo fabricado para consolación de los verdaderos mediocres espirituales, aquellos que ante la enunciación de los problemas, o ante la visión del "subterráneo", se apoyan cómodamente en una ley, un principio, o cualquier cosa que les permita seguir el idilio entre lo conciente y la vida, anudados faliblemente, ya que nunca dejará de perturbarlos la mención siquiera de que existe algo más allá de los sentidos, de que sus pies no están seguros.

Esa tradición actualmente retomada tiene en Chestov, lo mismo que en Unamuno, un expositor dado en el sentido más noble de la tradición existencial, la de la angustia metafísica y ética. Chestov toma en esta obra el pensamiento de Dostoyeswky y Nietzsche, a través de sus escritos. Ante todo, en esto se encuentran diferenciados sus pensamientos por dos etapas. El temor ante el abandono de la

antigua fe y el desamparo filosófico, y en un segundo estadio, el desencadenarse de las más audaces conclusiones producidas siempre por algún acontecimiento externo que se manifiesta con crueldad para torcer aquella débil voluntad de despojamiento, humana al fin y al cabo. En Dostoyewsky, el presidio, y la comparación que pudo realizar en cuatro años acerca de la verdadera miseria humana, no la económica (como la obsecación tentaría de definir), sino la íntima, la miseria espiritual, de encontrarse en determinado momento sin soporte seguro para todo un universo heredado, sin nada debajo. En Nietzsche fué, es bien sabido, producido en primer lugar por el desprecio a que condenado por los mismos a los cuales sirvió "*como lacayo*" obediente, Wagner, y Schopenhauer; y luego la locura e inconciencia constante hasta su muerte desesperada.

Chestov toma siempre en sus ensayos la obra de algún literato más bien que de algún filósofo (aunque hoy la diferencia va siendo cada vez menos pronunciada) para construir sus ensayos sobre las ejemplificaciones de sus vidas y la aventura de su pensamiento en constante heroicidad contra el medio. Recordemos los ensayos de "Las revelaciones de la muerte", y el estudio sobre Kierkegaard. Esta peculiaridad en el ensayo da una atmósfera de vida real, libre de las agudas resoluciones del pensamiento especulativo y puramente teórico. Así no puede darse la separación entre el pensamiento y la vida misma, la existencia de aquellos escritores y filósofos sobrepasa todo lo que pudieron crear, lleno por otra parte de disulpas, de temores, de retraimientos, ante la repulsa constante. Su vida y nada más que ella nos puede ofrecer un somero panorama de las luchas interiores, de las desazones, de los alaridos dados en el desierto y de la indiferencia constante o del combate venido desde las zonas más imprevistas. Chestov es maestro en este arte de combinar el ensayo filosófico con el cauce inefable de las existencias particulares. Su obra se vió recompensada, como la de los oscuros filósofos de edad media, cuando ya declinaba. Nació entre dos interrogantes entre los que se debatía el mundo: el Orden (con mayúscula) y la aventura, entre los conceptos de Necesidad, de ley natural y cientifismo y por otra parte, lo impredecible, lo absurdo, lo paradójico y alucinante. Pero él, haciendo el supremo sacrificio de realizar el salto abismal, cayó en la descripción de la existencia, pura y simplemente, sin amedrentarse ante las vallas o los cereos que tejieron pacientemente los amigos del razonamiento y de la epistemología, que habían convertido a la filosofía desde Kant en investigación acerca de los medios adecuados para no errar; actitud ya entrevista por Sócrates y Aristóteles. En este pensamiento se consumieron los filósofos

sofos contemporáneos, el anhelo de lograr el módulo exacto, del principio que afirmara lo que la vida desmentía. Así devino la filosofía de occidente pura epistemología, teoría del conocimiento. Y no creamos que a pesar de toda la evolución dada en el sentido de la existencia y el vitalismo, se ha dejado de pensar de aquella manera. Ejemplo de racionalismo a ultranza se dan en los filósofos de hoy de la misma forma que en el siglo XIX o en el I. La majestad de Kant, de Hume, de Mill, Benda, Croce, pesa sobremanera en algunas mentes excesivamente lógicas. Pero se contraponen ya en la misma ambición de solidez las soluciones siempre parciales y huidizas de Bergson, Heidegger, Husserl, y en fin, en la zona de la pura creación estética la de los existencialistas, que en volumen e importancia, lo mismo que en influencia sobre la mentalidad media sobrepasa en mucho todo lo que quiere aferrarse a un pasado más o menos remoto, pero definitivamente clausurado. He ahí lo que ha alcanzado el pensamiento existencial con obras como la de Chestov, ligando las conclusiones (si las hay) de la filosofía, al dominio más íntimo de la vida misma, al arte, la novela y en fin la reflexión cotidiana ante los problemas del hombre y su nada, del hombre y su angustia, que escapa a cualquier encasillamiento forzado.

Jorge O. Pérez y Pérez

Límite de siete hilos, por JORGE HORACIO BECCO. Editorial Ollantay, Buenos Aires, 1949.

Este es el cuarto volumen de poesía que edita este escritor perteneciente a la última promoción argentina. Poesía de impulso ciudadano busca temas en nuestro paisaje campesino, en las llanuras abiertas de Buenos Aires. Doce poemas breves constituyen la entrega, proponiéndonos una visión abstracta y fantasmal de nuestra monotonía pampeana. Superando los altibajos producidos por una predominante preocupación formal de renovación, el hecho poético aparece a menudo a través de estos versos, en captaciones intensas y originales. Así leemos en el primer poema:

"Zona de negro toro y alambradas
cortando la sangre del envío,
azul-cardo, marcando puntos
entre centeno,
avena y alfalfares
en alfombrada geometría
con manos de recuerdo
y olvido..."

Y la transcripción del molino cuya succión expresan muy fielmente estos versos:

“El uno-dos tirante
cuando aspira la boca del molino
y chorrea lo interno sonoro...
y salta, ciego frío”.

Poemas como el IX y el XII logran asimismo solicitar el interés del lector con imágenes de viva evocación campesina.

Con “Límite de Siete Hilos” Becco continúa la línea poética esbozada en “Huelen” y “Paisano en el Tiempo”, libros anteriores sobre los cuales acusa una mayor firmeza en la transcripción de sus intuiciones. Recursos formales como la formación de palabras compuestas: “alambracine”, “grito-filo”, “Canto-unísono”, desmerecen con su repetición estos poemas.

Horacio Jorge Becco tiene cumplido una ya importante labor de crítica literaria y estudios sobre poesía. Su espíritu de investigación y sus conocimientos sobre la materia lo prefieren en este género que en la creación poética. La edición de Ollantay, muy bien impresa en los talleres de Francisco A. Colombo.

Miguel Brasco

Ciencia y Sabiduría, por JACQUES MARITAIN. 20½ x 13, traducción española de Octavio N. Derisi y Eugenio E. Melo. Ediciones Desclée, de Brouwer, Buenos Aires, 1945, 227 páginas.

Este libro del ilustre pensador francés, se inicia con un examen del concepto de las sabidurías india, griega y la de Moisés y los profetas, por el cual llega a la conclusión de que el cristianismo configura una síntesis y jerarquía de las sabidurías. De allí analiza las sabidurías infusa, teológica y metafísica. Al reconocer un orden jerárquico de las sabidurías, se revela el alto mérito del pensamiento medieval, según lo expresa el autor.

En el capítulo destinado a la *Filosofía de la Naturaleza*, dice que lo que Aristóteles de Estagira denominaba la física, es la moderna filosofía de la naturaleza, lo cual por este camino nos deja vivas reflexiones el filósofo del tomismo.

Después, Maritain esboza su concepto de la metafísica y de paso destaca una modalidad del pensamiento aristotélico. La metafísica es una metafísica de lo *intrarreal* (las bastardillas en el texto), parte siempre del ser de las cosas sensibles. Arranca en su origen

desde el núcleo de la intimidad de las cosas mismas y nunca fuera de ellas. Para proceder de esta manera, supone que la inteligibilidad de las cosas no es nunca trascendente, sino inmanente a las mismas.

De esta manera, justifica la forma operativa de la metafísica, dejando sentado que la inteligibilidad de las cosas, es inmanente a tales cosas, está dentro de ellas y se concreta en su dintorno material.

Este es un concepto valioso que sostiene Maritain, acerca de la raíz de la metafísica y cuyo completo desarrollo, implicaría el fundamento de una nueva concepción de la citada disciplina.

El autor, se adhiere al idealismo aristotélico con respecto a los grados de visualización abstractiva que son los siguientes: 1) el campo de lo real sensible, 2) de lo preterreal matemático, y 3) de lo real insensible. El primero representa el estado menor de la abstracción sensible; el otro, con la abstracción matemática se llega al objeto sin mantener ninguna relación intrínseca con lo sensible. Y en el tercer grado, la inteligibilidad del objeto del conocimiento, está absolutamente libre de toda relación intrínseca de carácter sensitivo o imaginativo.

Se trata para Jacques Maritain, de una división en tres órdenes de abstracción que se concreta en una división analógica. No estando escalonados, hay entre ellos una heterogeneidad noética.

Lo que expone sobre los tres órdenes genéricos de visualización abstractiva, ya aparece en las concepciones de Aristóteles, el insigne maestro de la antigüedad (56).

Al proceder al análisis del pensamiento moderno y su desarrollo, advierte que se revela claramente la absorción de la filosofía de la naturaleza en las ciencias de la naturaleza. Distingue así dos momentos: 1) El conocimiento físico-matemático es confundido con una filosofía de la naturaleza y 2) Se procede a eliminar toda filosofía de la naturaleza.

El primer momento se consagra a reducir lo sensible a símbolos matemáticos. Para Aristóteles y para Santo Tomás, ese saber tiene que ser conceptualizado como formalmente matemático y como materialmente físico. La transformación de lo sensible a ecuaciones algebraicas, deriva frente a su criterio, en una matemática de la naturaleza.

Con profunda agudeza Maritain manifiesta que este conocimiento además del número y de la medida, requiere la presencia del movimiento físico. De no ser ello posible, cuando se requiera una explicación ontológica del mundo sensible, se derivará hacia una filosofía mecanicista.

La segunda etapa (el autor le llama momento), registra ya tres

hechos fundamentales: 1) Con Renato Descartes, un profundo dualismo entre el mecanicismo absoluto y el espiritualismo absoluto. 2) Con Kant, su criticismo afirma que la ciencia de los fenómenos, repudia todo recurso conceptual, para revelarnos la cosa en sí. 3) Luego con la marcha del tiempo y con nuevos recursos, cobra vigor la idea de que ella se encuentra lejos de ser una filosofía de la naturaleza. Para el Profesor Maritain, estos hechos contribuyen a fortalecer una ciencia de los fenómenos, tales como ellos se presentan.

Pero además, esto trajo una apreciable subversión de los valores, pues si el análisis ontológico en los antiguos predominaba en todo, en la actualidad el análisis empiriológico tiene primacía y ocupa casi el lugar de la filosofía de la naturaleza. Dice el autor, con evidente claridad: "La ciencia físico-matemática ya no es tomada "por una filosofía de la naturaleza como en el siglo XVII pero "continúa ocupando el lugar de la filosofía de la naturaleza; primero ha sido confundida con ella, y luego la ha desplazado" (62-63).

El pensamiento de Jacques Maritain, extrae conclusiones vitales, pues considera que en el siglo XIX, la ciencia se encuentra obligada a ocupar el mismo lugar de la filosofía de la naturaleza, y que, por ello se enfrenta con ciertos requisitos epistemológicos, ajenos a su misma estructura, y esto trajo por consecuencia efectiva, los progresos del criticismo, positivismo y fenomenismo.

Y de esta suerte, el pensamiento filosófico retorna hacia la metafísica, para llegar en un proceso gradual desde las realidades sensibles a las realidades inmateriales.

Es preciso destacar ahora que para Maritain, el intento metafísico del filósofo francés Henri Bergson, al explorar en el trasfondo de la ciencia físico-matemática, para hallar en ella, una raigambre metafísica, fué equivocado. Al analizar las ideas centrales de la filosofía bergsoniana, afirma el autor, que la finalidad directa y concreta de la misma se ubica más acertadamente en el campo de una filosofía de la naturaleza, que en el orden metafísico.

El derecho para existir y sustentar la metafísica en el ideario moderno, está plenamente fundamentado y el profesor Jacques Maritain, lo demuestra con su sólida inteligencia. Ulteriormente vuelve al estudio de las dos formas de analizar lo real: el análisis ontológico y el análisis empiriológico.

La filosofía de la naturaleza tiene que ser completada por las ciencias experimentales. En este sentido, con exactos conceptos, dice lo siguiente: "La metafísica no exige ser completada por las ciencias "de los fenómenos, ella las domina, está libre de ellas" (69).

Al proceder al examen de la filosofía de la naturaleza, asevera que ella tiene por objeto el ser inteligible y movable, con sus atri-

butos de generación y corrupción. Más adelante, expresa que ante la epistemología tomistas, la filosofía de la naturaleza se define así: 1) Ella se afirma sobre el ser movable en cuanto tal, es decir, que interpreta lo movable, y 2) En su manera ontológica de analizar, aunque atiende a lo sensible, asciende hacia la esencia inteligible.

Declara más adelante que la ciencia moderna confirma a la filosofía tomista, que advierte en el universo de los cuerpos animados e inanimados, una aspiración y ascensión en escala ontológica, que evolucionan hacia otras formas más concentradas de unidad y de individualidad.

Uno de los conceptos que recogemos a través de la lectura de esta valiosa obra y que estimamos como auténtica lección, es la restauración y fundamentación de la metafísica que realiza el pensamiento del distinguido pensador francés, disciplina que eleva sobre la filosofía de la naturaleza y sobre las ciencias de los fenómenos.

En el capítulo *La Filosofía de la Fe*, desarrolla sus ideas acerca de los fundamentos de una filosofía cristiana, la cual encierra una doble exigencia. Dice así: "Quisiéramos ahora, pues, traer algunas "precisiones, primero sobre la parte especulativa, en seguida y sobre todo sobre la parte práctica de la filosofía cristiana. Tanto en éste como en el otro caso debemos mostrar que esta noción de filosofía cristiana, tiene una doble exigencia: quiere que se reconozca la subordinación de la filosofía a las sabidurías superiores, y también quiere que se mantenga la especificidad, la existencia propia y el modo propio de la filosofía en presencia de estas sabidurías" (106). Luego agrega que la palabra subordinación, debe ser cambiada por *infravalencia* o *infraposición* (las bastardillas van en texto).

También se dedica este capítulo al examen de las formulaciones de Maurice Blondel, Gilson, Oscar Bauhofer, Mons. Masnovo y el R. P. Sertillanges. Maritain distingue una filosofía especulativa y otra práctica en el ámbito de la filosofía cristiana.

En los capítulos intitulados: *Esclarecimientos sobre la filosofía moral y respuestas a nuevas objeciones*, con su clara inteligencia revela la firmeza de su pensamiento tomista y la sutileza lógica de sus argumentos.

El libro aparece en una correcta y cuidada versión castellana de Octavio N. Derisi y Eugenio E. Melo, llevando un excelente prólogo del primero de los nombrados. La introducción del autor, se refiere al contenido esencial de estos estudios.

Obra notable que presenta con amplitud el ideario del ilustre filósofo de Meudon, nos parece una eficaz ayuda para comprender la mentalidad de nuestro tiempo, y acercarnos más íntimamente a

esa verdad especulativa y a esa metafísica libre de la ciencia de los fenómenos que estima tan profundamente el pensador francés.

Comprendemos por ello que el tomismo de Jacques Maritain con todas sus consecuencias y derivaciones se presenta como una filosofía viva, que trasmite su anhelo de verdad y saber en nuestra interpretación de lo cultural.

En una de sus magníficas disertaciones pronunciadas durante su visita a la Argentina, dijo este filósofo francés que las doctrinas tomistas, debían contribuir a integrar el pensamiento moderno. En tal sentido trabaja afanosamente, y este libro que versa sobre la ciencia y la sabiduría, nos revela que muchos aspectos del ideario tomista, adquieren su significación para la mentalidad actual.

En lo referente a la sabiduría reconoce Maritain, que si tiene plena autonomía frente a las ciencias de los fenómenos, hay que trabajar decididamente en el sentido de establecer dentro de ese cuadro, las formas de la sabiduría, como corrientes más superiores del saber. Para ello, habrá que vigorizar el saber ontológico con todas sus implicaciones racionales.

Con respecto a su concepción de la metafísica, es preciso señalar que en su exposición parte de la interioridad de lo real, para llegar a determinar la pura inteligibilidad del ser, sostenido como ser en el campo de esa disciplina.

Esa inteligibilidad asume el aspecto de una concreción del ser, como ser logrado, que entonces no encuentra referencia alguna con lo sensible.

Este sería un aspecto importante del punto de arranque de su metafísica, que sitúa a la inteligibilidad de las cosas como inmanente a las mismas. Aspecto de por sí parcial, pues el pensamiento de Jacques Maritain, reviste aún otras ricas modalidades.

M. A. Raúl Vallejos

La ofrenda alimenticia a la memoria de los muertos, entre nuestros indígenas, es de origen egipcio, por JESÚS C. ROMERO.
23½ x 17. Campeche, Estados Unidos Mexicanos, 1948,
15 páginas.

El profesor doctor Jesús C. Romero, docente en la Universidad Nacional Autónoma de México, expone en este folleto, las distintas conexiones culturales que se establecen entre los pueblos, sean ellas de índole religiosa, económica, política y social.

El autor establece, desde el punto de vista etnológico, la clasificación de los pueblos, en ahistóricos, históricos e inhistóricos;

siendo los primeros los que presentan expresiones culturales tan elementales que no perduran en el curso del tiempo, y son por lo tanto, extraños a la historia, los segundos se consideran a los que ya tienen historia, su propia órbita de vida y determinan la marcha de los valores espirituales, y los últimos, los inhistóricos, son aquellos cuyo período cultural quedó cerrado y se encuentran obligados a permanecer dentro de ambientes culturales que le son extraños.

Con toda claridad, el profesor Romero, analiza el problema concerniente a los pueblos que en el presente, perduran condenados a existir sin poseer una cultura específica. De esta suerte, dominados por su incapacidad creadora y su real inercia histórica tienen que ser —como lo dice el autor— incorporados a una cultura más vigorosa y absorbente, que las somete a su medio por completo.

Para este profesor, el proceso de incorporación de la cultura de los pueblos inhistóricos, se verifica por intermedio de sus ancestros, por los contemporáneos o en una forma híbrida, que los etnólogos denominan pseudomorfosis.

Ahora bien, la pseudomorfosis, se concreta por la aparición de todas las vivencias inhistóricas y su estudio exhaustivo, constituye para el autor del folleto, la ciencia del folklore.

Posteriormente, aparece un examen del valor de la palabra folklore, y de las distintas acepciones que ella admite, desde el concepto de lo popular hasta el concepto de lo culto, que configura el mencionado término folklore.

Pasando luego al problema de las vivencias inhistóricas en los pueblos occidentales, estudia con una seria documentación bibliográfica, la expansión cultural del pueblo celta en la civilización europea y en la literatura en general.

Analiza la cuestión ahora de la ofrenda alimenticia, con que los indios y mestizos honran a sus muertos y dice que ella tiene su origen en vivencias inhistóricas de la cultura egipcia. Para el cateórico autor de este trabajo, esta ceremonia se inició en el período colonial, no antes. Para tal fin, se llevan comidas, confituras, bebidas y flores de *campasúchil*.

El profesor Jesús C. Romero, pasa revista de inmediato al carácter que tenía esta costumbre religiosa egipcia, citando a G. Worringer y J. Pijoan, y en este sentido advierte que existe una apreciable similitud entre el culto egipcio y mexicano, a los muertos (estatuas con el doble del difunto, etc.).

Para explicar este culto, el profesor Romero, formula su hipótesis que los árabes al conquistar Egipto, la aprendieron de ese país. De allí, se la introduce en la península ibérica, y posteriormente, fué traída por los soldados y civiles españoles a las nacientes colonias.

Este sería el proceso seguido por esa costumbre religiosa, hasta arraigar en las tierras de Hispanoamérica. Desde luego, es fácil comprender que después de una permanencia de ocho siglos, muchas de las costumbres y modalidades árabes se desarrollaron en el suelo español, y con ulterioridad, trasplantada hacia el nuevo continente, por ciertos elementos de la conquista.

Muchas veces existe entre las culturas más distantes en el espacio y en el tiempo, y de mayor diferenciación en las modalidades que la caracterizan a cada una de ellas, una escondida influencia y relación, que necesitan examinarse a fondo para comprender el curso de tales formas culturales. Todo modelo o tipo de cultura, además de influenciar sobre otras, puede establecer conexiones de distinta naturaleza y alterar el proceso cultural de otro pueblo, de un nivel de inteligencia superior o inferior al tipo mencionado.

De esta suerte, se pone de manifiesto que una cultura superior o inferior, en cualquier forma, provoca sus importantes corrientes vinculatorias, tomando algún aspecto o modalidad de otro modelo de cultura. Acerca del carácter evolutivo del concepto de cultura, nos permitimos citar aquí, a nuestra nota intitulada *Acerca de la Cultura*, publicada en la Revista del Ministerio de Cultura, San Salvador, República del Salvador. (Número 20, volumen IV, año 1947).

En este sentido, las culturas con todos sus elementos simbólicos y recursos de perduración, se influyen mutuamente, de suerte que en un pueblo culto, es posible señalar en él, la gravitación de una cultura muy remota, o muy distinta, que algún proceso histórico, religioso, político o económico, provocó un acercamiento directo o indirecto frente al devenir cultural.

Una de las investigaciones más atrayentes y novedosas acerca de la influencia del medio ambiente en la estructuración de las culturas de los pueblos, ha sido realizada por el renombrado estudioso Leo Frobenius, que distingue, de acuerdo a la actitud vital de cada pueblo, tres tipos culturales: realistas, materialistas y racionalistas. El desarrollo de las principales ideas de Frobenius, ofrece un amplio campo de acción, para todos los investigadores que se interesan por la marcha de las etapas culturales y sus consecuencias fundamentales.

Para terminar, después de exponer estas consideraciones, diremos que el folleto del profesor doctor Jesús C. Romero, es muy interesante por las ricas sugerencias que ofrece al lector, agregando que el mismo, es un sobretiro o separata de un escrito publicado en el Reproductor Campechano, habiendo sido impreso por los Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Campeche, en los Estados Unidos Mexicanos.

M. A. Raúl Vallejos

